

Un gran pensador ha escrito en el siglo XIX esta atrevida frase: «La edad de oro no está detrás de nosotros, sino delante.» ¿Se dirá que es una utopía esta fórmula de la perfectibilidad del género humano? Compárese el mundo moderno con la antigüedad. La igualdad, con la que los antiguos apenas se atrevían á soñar en un pasado imaginario, se ha realizado ya hoy. El progreso que la humanidad ha realizado nos autoriza á esperar que continuará en adelante; la perfectibilidad no tiene más límites que los de la imperfecta naturaleza del hombre.

---

## CAPÍTULO III.

### EL DERECHO DE GENTES.

#### § I.—La paz del Imperio.

##### N.º 1.—*La paz romana.*

Antes de morir Augusto formó una especie de inventario de la dominación romana, y añadió el consejo de no extender más los límites del Imperio. *Tácito* dice que se ignora si esto fué por prudencia ó por celos (1). El historiador republicano parece mirar con sentimiento este cambio de la política de Roma. Esto era toda una revolución. La guerra había sido la ley de la república; la paz fué la ley del Imperio. «Augusto se apercibió, dice *Gibbon*, de que Roma tenía más que temer que esperar ambicionando nuevas conquistas: en la continuación de aquellas lejanas guerras, cada día era más difícil la empresa, más dudoso el éxito, y la posesión menos ventajosa» (2). La prudencia del primer César ocultaba un sentimiento instintivo de impotencia. Roma había emprendido una obra que está por encima de las fuerzas humanas, porque es contraria á los designios de Dios; la monarquía universal debía sucumbir bajo el peso de su propia corrupción y bajo los ataques de los Bárbaros. Augusto trató en vano de domeñar á los habitantes de la Germania; la derrota de Varo causó una dolorosa

(1) TACIT., *Ann.*, I, 11.

(2) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, c. I.

impresion en el emperador; creia ya ver á los Germanos á las puertas de Roma (1). Entónces fué sin duda cuando se decidió á poner fin á las conquistas. Sus sucesores siguieron esta misma política. Solamente uno, digno de vivir en los tiempos de las grandes guerras de la república, tuvo la ambicion de extender los límites del Imperio; Trajano, á imitacion del héroe macedonio, quiso subyugar las naciones del Oriente (2). Pero esta tentativa de engrandecimiento estaba en oposicion con el espíritu de la época. Por la primera vez el dios Término tuvo que retroceder; Adriano abandonó las conquistas de Trajano (3). Bajo los Antoninos, la política de la paz aparece en todo su esplendor (4); supieron conservar la dignidad de Roma sin acortar los límites de su dominacion. El nombre romano era respetado entre los pueblos más remotos, hasta el punto de verse á los Bárbaros someter sus cuestiones á la decision de los emperadores.

Desde el principio de los tiempos históricos, el Oriente y los Bárbaros, la Grecia y Roma habian vivido en guerras permanentes; por la primera vez la antigüedad, que habia sufrido sin descanso los males de la guerra, gozaba de los beneficios de la paz. Los poetas y los filósofos celebraron un estado de cosas que parecia realizar la edad de oro. *Horacio* canta «las naves cruzando en paz todos los mares, la guerra arrojada del templo de Jano, el respeto de los Bárbaros hácia el imperio romano. En tanto que César vele por el mundo, dice, nada turbará su reposo; no, jamas los que beben las profundas aguas del Danubio, los Seres, los Getas, los Partos sin fe, jamas los hijos del Tanais quebrantarán las leyes de Cesar» (5). *Ovidio* recuerda las guerras pasadas; despues, comparando la paz restablecida por Augusto con aquellas sangrientas disensiones, exclama: «Demos gracias á los dioses y á vuestra casa, pues que al fin tenemos bajo los piés encadenada con poderosos lazos la guerra. Sacerdotes, arrojad incienso en los fuegos de los altares; pedid á los dioses que escuchan las súplicas piadosas que

(1) DION. CASS., LVI, 23.

(2) IBID., LXVIII, 29.

(3) GIBBON, *Historia del Imperio Romano*, c. I.

(4) J. CAPITOLIN., *Anton.*, c. 9.—PAUSAN., VIII, 43, 3.

(5) HORAT., *Carm.*, IV, 5, 15.

conservemos por largo tiempo la paz, y por tan largo tiempo como la paz la familia que nos la da» (1). A creer á *Lucano* (2), «el género humano iba á deponer las armas para no pensar más que en la felicidad, y el amor iba á ser el lazo comun de las naciones.» Los filósofos y los historiadores ensalzan la *paz romana* (3); á sus ojos, la dominacion de Roma era el único lazo que mantenía el universo; si caía se hubiera visto sumido en una espantosa confusion (4). Estas ideas se transmitieron á los primeros cristianos; creían éstos que el fin del mundo coincidiría con la caída del Imperio (5). No se equivocaba el sentimiento instintivo de los hombres; el poder romano se habia fundado sobre la ruina de naciones que estaban en plena decadencia; en medio de esta disolucion general, el Imperio era el único elemento conservador.

La paz romana era indudablemente un magnífico espectáculo; sin embargo, no tenía fundamentos más sólidos que la unidad romana, de quien era expresion. Hoy no pensamos en celebrar la paz que existe en el interior de los Estados; lo que los Romanos llamaban la paz, nosotros lo llamamos el imperio del derecho, la conservacion del orden público. No hay más diferencia que el que el Imperio comprendía una gran parte del mundo conocido de los antiguos. La paz, propiamente dicha, se refiere á las relaciones de los pueblos entre sí. Entendida de este modo, es evidente que la paz no reinaba más bajo los Césares que lo que reina en el siglo XIX. Más aún. En el mundo moderno la paz es bastante más universal que lo era bajo los emperadores; en cierto sentido está

(1) OVID., *Fast.*, I, 595-602, 611 y sig.—C. *Metam.*, XV, 832; *Trist.*, III, 1, 44;

(2) *Pharsal.*, I, 60-62.—C. MARCIAL., *Epigram.*, XIV, 34.

(3) *Romana pax* (SENEC., *De Provid.*, c. 5).—*Festa pax* (PLIN., H. N., II, 45; XIV, 1).—C. STRAB., lib. VI, *fine.*—PLUTARCH., *De Pythia Orac.*, c. 28: πολλή γὰρ εἰρήνη καὶ ἡσυχία, πεπαύται δὲ πόλεμος.—C. PLUTARCH., *De tranquill. animi*, c. 9; *Præcept. gerend. reip.*, XXXII, 10.—EPICTET., *Dissert.*, III, 13, 9.

(4) TACIT., *Hist.*, IV, 74.

(5) Tenemos, dice TERTULIANO (*Apolog.*, 32) una razon completamente particular para rogar por los emperadores y aún por todo el Imperio romano, y es que sabemos que el fin del mundo, con las espantosas calamidades que deben ser sus precursoras, no se detiene más que por la vida del Imperio romano. Al rogar á Dios que nos libre del espectáculo de esta catástrofe, pedimos, por consecuencia, que se prolongue la duracion del Imperio.» (Compárese LACTANT., *Divin. Inst.*, VII, 25).

realizada entre las naciones, puesto que es su estado natural, y que la guerra no es más que la excepción y un estado pasajero. Bajo la monarquía de Roma, por el contrario, la paz espiraba en los límites del Imperio. La guerra era permanente entre los Romanos y los Bárbaros; no había entre ellos lazo alguno de derecho ni de humanidad.

Tal fué la paz del Imperio, en las relaciones de los pueblos: ocultaba una guerra incesante, eterna. ¿Acaso la dominación romana estableció siquiera la paz en el interior del Imperio? Esto es preguntar si reinaba en él el derecho. Se ha dicho que la monarquía universal, si llegase á establecerse, sería la tumba del género humano. La monarquía de Roma es una triste confirmación de estos temores. ¿A qué precio reinó la paz en el Imperio? Aquella paz tan decantada no era más que el despotismo de los Césares poniendo fin á las sangrientas convulsiones de la República. Los ciudadanos cesaron de matarse entre sí: ¡esto es lo que excitó la admiración de los poetas y de los filósofos! ¿Pero es esto decir que el derecho substituyó á la fuerza? Notemos primeramente que los Romanos tuvieron que sacrificar la libertad para comprar la paz. Por esto se pusieron á discreción del emperador, representante del poder soberano. Esto era trasladar el poder absoluto á un solo hombre; ahora bien, quien dice poder absoluto, dice falta de toda garantía, aún para la vida y la propiedad de los ciudadanos. No hablamos ya de la libertad política; hacía mucho tiempo que no era más que una vana palabra en Roma. ¡Así los derechos más sagrados del hombre eran desconocidos, violados, para asegurar la paz, y ni la paz estaba asegurada! ¡Hé aquí cómo realizó la paz la primera monarquía universal digna de llevar este nombre!

N.º 2. — *Los Emperadores monstruos.*

Tácito dice que el Imperio romano fué cruel, aún durante la paz (1). No entraremos en los detalles del desenfreno de crímenes que hace del Imperio una época monstruosa, única en la historia:

(1) «*Ipsa etiam pace scævum*» (*Hist.*, I, 2).

bastarán para nuestro fin algunos rasgos de aquel espantoso cuadro. El primero de los Césares había sido el más sanguinario de los triunviros; feroz por cobardía, fué implacable con los vencidos. Hizo matar un crecido número de cautivos en Filipos. Añadía á la barbarie el ultraje. A un prisionero que le suplicaba le concediese sepultura, le respondió que este favor correspondía á los buitres. Un padre y un hijo imploraron la vida; les mandó que echasen suertes ó que combatiesen, prometiéndoles perdonar á uno de ellos; el padre se arrojó á la espada de su hijo, el cual, al verle muerto, se dió á sí mismo la muerte. Después de la toma de Perusa, se ensañó contra la mayor parte de los habitantes; no tenía más que una respuesta para los que le pedían gracia: es preciso morir (1). Se ha elogiado la clemencia de Augusto; Corneille la ha inmortalizado. Nosotros diremos con *Seneca*: «Augusto fué, sin duda, clemente y moderado, pero después de haber manchado de sangre romana las ondas de Actium, después de haber estrellado sobre las costas de Sicilia sus flotas y las de sus enemigos, después de los sacrificios y proscripciones de Perusa: en cuanto á mí, no llamo clemencia á la crueldad harta» (2).

Vienen en seguida aquellos emperadores, seres misteriosos que parecen cumplir una terrible misión, pero que á los ojos de la humanidad serán siempre unos monstruos. Tiberio quería reformar las costumbres. Decía frecuentemente: «No me importa inspirar ódio con tal que se me estime» (3). No se creería estar oyendo á uno de aquellos gigantes revolucionarios que exclamaban: ¡Perezca nuestra memoria, con tal que se salve la Francia! Si Tiberio ejerció la justicia fué á costa de horribles crueldades. «Había una ley de majestad contra los que cometían cualquier atentado contra el pueblo romano. Tiberio se prevalió de ella y la aplicó á todo lo que podía servir á su odio ó á sus desconfianzas. No solamente caían bajo el poder de esta ley las acciones sino también las palabras, los signos y aún los pensamientos: no hubo, pues, ya libertad en los festines, ni confianza en las familias, ni fidelidad en los

(1) SUTTON., *Octav.*, 27, 13, 15.

(2) SENEC., *de Clem.*, I, 11.

(3) SUTTON., *Tiber.*, 59.

esclaves: la amistad fué mirada como un escollo, la ingenuidad como una imprudencia, la virtud como una afectación que podía recordar en el espíritu de los pueblos la felicidad de los tiempos anteriores. No hay más cruel tiranía que la que se ejerce á la sombra de las leyes y con los colores de la justicia, cuando se va, por decirlo así, á ahogar á los desdichados sobre la tabla misma en que se habian salvado» (1). Este instrumento de tiranía fué el régimen del Imperio, salvo algunas magníficas excepciones, los Títos, los Trajanos, los Antoninos: era una inmensa ley de sospechosos. ¡Y esta ley era aplicada diariamente! Oigamos la admirable narración de Tácito sobre las ejecuciones en masa que siguieron á la muerte de Seyano: «Fué aquello una carnicería de ambos sexos, de todas edades, gentes ilustres ó desconocidas: yacían aquí y allá los cadáveres aislados ó en montones. No se permitía á los parientes ó amigos el aproximarse ni derramar lágrimas, ni aún mirarlos largo tiempo. Guardias puestos á su alrededor, atentos al dolor de cada cual, velaban sobre aquellos cuerpos en putrefacción, hasta que fuesen arrastrados por el Tíber, en donde flotando unas veces sobre las ondas, arrojados á la orilla otras, nadie se atrevía á reducirlos á cenizas ni aún á tocarlos. El terror impedía toda comunidad de sentimientos humanos, y cuanto más se encarnizaba la crueldad más se impedía la compasión» (2).

Los emperadores castigaron sobre todo á los ricos y á los nobles (3). El historiador *Josefo* lo dice de Calígula (4). Los críme-

(1) MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los Romanos*, c. 14.—TACIT., *Ann.*, I, 70, 73, 74.

(2) TACIT., *Ann.*, VI, 19 (traducción de VILLEMMAIN, *Ensayo sobre Tiberio*).

(3) Los emperadores estaban animados de un odio furioso contra la nobleza. Neron demostraba la mayor amistad á Vatinio, porque éste tenía la costumbre de decir al emperador: «Yo te odio, César, porque tú eres senador» (DION. CASS., LXIII, 15). Neron decía que no perdonaría á ningún senador, que daría á los caballeros y á sus libertos el mando de las provincias y de los ejércitos (SÜETON., *Ner.*, 37). Este azote del mundo era el idolo del pueblo de Roma: entre las felicitaciones de que era objeto el emperador Othon, oyóse al pueblo bajo llamarle Neron; por agradarle, añadió este nombre á los suyos (SÜETON., *Oth.*, c. 7).

(4) JOSEPH., *Antiq.*, XIX, 1, 1: *μάλιστα τήν συρλητον και όπόσοι τούτων εύπατρί-  
δαί και προγόων επίφανείας τιμώμενοι.*

nes de aquel monstruo rayan en locura (1). Es el delirio del poder supremo (2). *Séneca* lo representa «sediento de sangre humana, mandando hacerla correr en su presencia como si hubiera querido beberla» (3). Deseaba, dice *Suetonio*, que el pueblo romano no hubiese tenido más que una sola cabeza para poder consumir de un solo golpe todos los atentados que habia multiplicado en tantas ocasiones y en tantos lugares. Despues que no vivió más que para el crimen, tuvo un sentimiento, el de que su reinado no habia sido señalado por ninguna calamidad pública, como los de Augusto y de Tiberio. El suyo, decía él, estaba amenazado de caer en el olvido, por demasiada felicidad; hubiera deseado derrotas sangrientas, el hambre, la peste, grandes incendios, temblores de tierra (4).

*Suetonio* censura también á Claudio por su natural sanguinario (5). Sin embargo, este emperador nos es conocido por su filantropía. ¿Cómo conciliar tan horribles contradicciones? Tal vez aquellos monstruos eran ménos monstruosos de lo que nosotros creemos. La crueldad era innata en la raza romana, que se ha mostrado siempre ávida de sangre. Aquel natural bárbaro debia brillar en toda su horrorosa desnudez en los señores del mundo á quienes no contenía ni el temor de los hombres ni el respeto de los dioses. Neron se vanagloriaba de haberse atrevido á todo impunemente: decía «que ningún príncipe habia sabido todavía todo lo que puede hacerse desde un trono.» Su vida entera no fué más que una serie de asesinatos (6). ¿Qué es, pues, la paz romana en medio de aquella proscripción permanente?

La ferocidad crece con el materialismo que inunda la sociedad.

(1) SÜETON., *Calig.*, 26.—BAYLE (en la palabra *Caligula*, nota B) dice que el filtro que se le hizo tomar cambió su malicia natural en una ferocidad maquina! é irresistible. NIEBUHR no puede explicarse las acciones de Calígula más que por la locura (*Vorträge über römische Geschichte*, t. II, p. 177).

(2) Le decía á su abuela: «Memento omnia mihi et in omnes licere» (SÜETON., *Calig.*, c. 38).

(3) SENECA., *De Benef.*, IV, 31; c. *De Ira*, III, 18.

(4) SÜETON., *Calig.*, 11, 30, 27.

(5) IBID., *Claud.*, 34.

(6) IBID., *Ner.*, 37: «Nullus posthac adhibitus dilectus aut modus interimendi, quoscumque libuisset, quacumque de causa.»

Se atribuye al desenfadado Vitelio esta frase cruel, digna de ser inventada por un emperador romano: «Un enemigo muerto huele siempre bien, sobre todo cuando es un ciudadano» (1). El mundo empezaba á respirar bajo el reinado de aquel á quien los Romanos reconocidos llamaron «las delicias del género humano»; pero como para revelar la triste condicion de los pueblos sometidos al poder absoluto, la Providencia dió por sucesor á Tito á su hermano Domiciano. Éste tenía la crueldad como un goce; «no gustaba más que de las astucias y golpes repentinos» (2). *Plinio*, hablando de sus viajes, dice «que todo á derecha é izquierda era abrasado, devorado, como si hubiese pasado por el país algun azote, ó como si los Bárbaros se hubiesen hecho sus señores» (3).

Cuesta trabajo á la posteridad el creer en tantos crímenes; duda de la verdad de los hechos contados por Suetonio y por Tácito (4). En cuanto á la buena fe de Tácito está por cima de toda sospecha. Los críticos hacen justicia tambien á la veracidad de Suetonio (5); bajo este aspecto le colocan en primera fila entre los historiadores. Lo que prueba que los escritores contemporáneos no han calumniado á los emperadores monstruos, son los actos de los buenos príncipes que gobernaron el imperio. Cuando se ve lo que no hicieron, puede formarse una idea de lo que los otros se atrevieron á hacer. Nerva juró en pleno Senado que no mataría á ningun senador. Trajano, en cuanto llegó al Imperio, escribió al Senado que jamas daría muerte á un inocente; creyó deber confirmar esta singular promesa con juramentos (6). *Plinio* casi elogia á Trajano porque no despojaba á todo el mundo, como lo habian hecho sus predecesores (7).

En seguida vienen los Commodos y los Caracallas, cuyos crímenes nos pintan los autores de la *Historia de Augusto* con una inge-

(1) Sueton., *Vitell.*, 10.

(2) *IBID.*, *Domit.*, 11.

(3) *PLIN.*, *Paneg.*, c. 20.

(4) *VOLTAIRE*, el *Pirronismo de la Historia*, c. 12.

(5) *BAEHR*, *Geschichte der römischen Litteratur*, § 242.

(6) *DION. CASS.*, *LXVIII*, 2, 5.

(7) *PLIN.*, *Paneg.*, c. 43: «No es ya el príncipe, como en otro tiempo, unas veces porque se le nombraba, y otras porque se le omitía, el único heredero de todo el mundo. No sois llamados á las sucesiones por títulos falsos ó inicuos, etc.»

nidad que no deja lugar á duda. *Lampridio* cuenta las aclamaciones en que prorumpió el Senado despues del asesinato de Commodo; es una viva pintura del envilecimiento del cuerpo que se habia doblegado bajo semejante monstruo, y del triste estado de la sociedad romana: «Que despedacen en el espoliario (1) al gladiador, al parricida, al enemigo de la patria, enemigo de los dioses. ¡ Verdugo del Senado!.... ¡ Entréguense los delatores á los leones!....» (2). Una espantosa peste despobló á Roma en tiempos de Commodo; arrebató muchas veces 2.000 hombres diarios. *Dion Cassio* dice que el emperador fué un azote todavía mayor para el imperio (3).

*Plinio* compara á Caracalla «con una fiera: unas veces se encerraba en su palacio como en un antro para beber á su sabor la sangre de sus prójimos, otras salía de su guarida para llevar la carnicería y la muerte á las familias más ilustres» (4). Recordemos su fratricidio para tener ocasion de citar la noble conducta de Papiniano y para reconciliarnos con la naturaleza humana. El emperador le mandó justificar la muerte de su hermano; el gran jurisconsulto le respondió que era más fácil cometer un fratricidio que excusarlo: pagó la respuesta con su cabeza (5). Maximino fué un digno sucesor de Caracalla. Estaba persuadido de que no se podia conservar el Imperio más que por medio de la crueldad; unos le llamaban el Cíclope, otros Busiris, otros Falaris, otros Sciron y la mayor parte Typhon; el Senado, al deponerle, le calificó de fiera (6).

(1) El *espoliario* era un lugar cerca del anfiteatro, adonde se llevaban arastrando con un gancho los gladiadores muertos ó heridos mortalmente.

(2) *LAMPRID.*, *Commod.*, c. 18.

(3) *DION. CASS.*, *LXXII*, 14, 15.

(4) *PLIN.*, *Paneg.*, c. 48. La matanza de Alejandria es una de las escenas más espantosas del Imperio. *HERODIAN.*, *IV*, 9.—*DION. CASS.*, *LXXVII*, 22, 23.—*SPARTIAN.*, *Carac.*, c. 6.

(5) *SPARTIAN.*, *Carac.*, c. 8.

(6) *CAPÍTOL.*, *Maxim.*, c. 8, 10, 15.

N.º 3. — *Guerra permanente.*

Tal era la paz romana en lo interior del Imperio. Claro es que no todos los emperadores fueron Caracallas, y que la nobleza de Roma sufrió más por los excesos de aquellos monstruos que las provincias. No pesando ya sobre el pueblo la aristocracia, diezmada y proscrita, mejoró tal vez la condicion material de las clases inferiores. Por otra parte, la civilizacion podia desarrollarse, sin detenerse en sus progresos, por guerras continuas. En este sentido, la paz romana tuvo sus beneficios; pero aquella paz que filósofos y poetas consideraban como eterna, no era más que pasajera. Los habitantes del interior del Imperio gozaban de una profunda tranquilidad; un orador de la época llega hasta á decir «que no sabian ya lo que era la guerra, que las hostilidades que en otro tiempo habian ensangrentado la tierra les parecian una invencion de la poesía» (1). Esta es una exageracion de retórico. Un historiador griego compara con más exactitud al Imperio con una fortaleza guardada por legiones colocadas en las fronteras (2): la inmensa ciudadela está rodeada por todas partes de enemigos que, á una señal dada por la Providencia, se arrojarán sobre los Romanos, afeminados por una falsa paz y pondrán fin al Imperio de la ciudad que creia eterna su dominacion.

En vano cierra Augusto el templo de Jano; contiene la guerra de conquista, pero las hostilidades entre los Romanos y los Bárbaros no cesan. Un poeta, desterrado á los confines del Imperio, nos ha dejado un cuadro de la existencia inquieta y llena de tormentos de los habitantes. Ovidio se lamenta de que tiene ante los ojos un país en donde no se conoce la paz (3); describe las invasiones anuales de los Escitas en las tierras vecinas en cuanto el frio ha helado los rios. «Los habitantes huyen..... Algunos de aquellos desgraciados, conducidos cautivos y con las manos ata-

(1) ARÍSTID., *Orat. in Rom.*, p. 378 (t. I, p. 216, ed. Jebb.).(2) APPIAN., *Præm.*, c. 7.(3) «*Terra pacis inops*» (OVID., *Pont.*, II, 2, 96. C. IV, 14, 61 y sig.).

das á la espalda, lanzan en vano una última mirada sobre sus campos y sus cabañas; otros caen heridos miserablemente por flechas cuya punta, encorvada en forma de anzuelo, está envenenada. Todo aquello que no pueden llevarse consigo lo destruyen. *Se teme la guerra en el seno mismo de la paz.....* Se está, sí, alguna vez en paz, pero en seguridad, jamas; cuando no tenemos guerra, tenemos todos sus temores..... Innumerables hordas, que miran como un deshonor el vivir más que de sus rapiñas, nos rodean y nos amenazan con sus feroces agresiones. En el exterior no hay ninguna tranquilidad..... Algun cuerpo de enemigos, cuando ménos se le espera, aparece de repente como una bandada de pájaros y arrebatada su presa ántes que nos apercibamos de ello; á veces, dentro de las murallas, en medio de las calles, recogemos flechas que pasan por encima de las puertas que en vano tenemos cerradas. Hay muy pocos que se atrevan á cultivar los campos, y aquellos desgraciados tienen en una mano el arado y en la otra la espada» (1). Oigamos ahora los conmovedores lamentos del poeta de los amores: «En mi juventud yo he rehuido siempre las rudas fatigas de la guerra, y solamente en los juegos he manejado la lanza; viejo hoy, tengo una espada en una mano y un escudo en la otra, y cubro con un casco mis blancos cabellos.» El infortunado Ovidio añade que hace hasta sus versos en medio del estrépito de las armas (2).

Esta triste condicion de los habitantes del Imperio que vivian en la vecindad de los Bárbaros iba á ser bien pronto la suerte de todos los Romanos. Augusto y sus sucesores hicieron tentativas para domar á los pueblos del Norte, pero fracasaron. El Imperio tuvo, pues, sus grandes guerras. ¿Participó el derecho de gentes del progreso que hemos hecho notar en el dominio del derecho civil y del derecho político?

(1) OVID., *Trist.*, III, 10, 50 y sig.; IV, 1, 75 y sig.; V, 2, 71 y sig.; V, 10, 15 y siguientes.(2) IBID., *Trist.*, IV, I, 70 y sig.; *Pont.*, I, 8, 10.